



DISCURSO  
**PATRIOTICO**  
EN CELEBRACION  
**DEL ANIVERSARIO**

DEL GLORIOSO 5 DE MAYO DE 1862,

**PRONUNCIADO**

En la plaza de Hidalgo de la ciudad de Lináres,

POR EL

**C. LIC. FRANCISCO VALDES GOMEZ,**

EL 5 DE MAYO DE 1880.

---

MOMTEREY.

IMPRESA DEL GOBIERNO EN PALACIO,  
*á cargo de Viviano Flores.*

1880.

DISCURSO  
PATRIOTICO  
EN CELEBRACION  
DEL ANIVERSARIO  
DEL GLORIOSO 5 DE MAYO DE 1862  
PRONUNCIADO

EL LIC. FRANCISCO VALDES GOMEZ

EL 5 DE MAYO DE 1880

MONTREY

IMPRESA DEL GOBIERNO EN CALIFORNIA

DISCURSO

PATRIOTICO EN CELEBRACION DEL ANIVERSARIO  
DEL GLORIOSO 5 DE MAYO DE 1862,  
PRONUNCIADO EN LA PLAZA DE HIDALGO  
DE LA CIUDAD DE LINARES,  
POR EL CIUDADANO LIC. FRANCISCO VALDES GOMEZ  
EL 5 DE MAYO DE 1880.

"Tres cargas bruscas cayeron  
los franceses, y en las tres fueron  
rechazados con valor y dignidad....  
...Las armas nacionales se han  
cubierto de gloria.".....  
Zaragoza al Presidente de la Re-  
publica, en su parte de 9 de Mayo  
de 1862.

CONCIUDADANOS:

¡Por qué la aurora de este día ha sido saludada con salvas de cañonazos, de fusiles y de cohetes, que han llenado de luz las regiones aereas, y con alegres repiques de las campanas! ¡Por qué ha amanecido izado en los edificios públicos el pabellon nacional! ¡Por qué el crepúsculo de la mañana ha hallado á esta hermosa ciudad ataviada con sus mejores joyas, á semejanza de una jóven pudorosa, que en el día de sus bodas se adorna con sus mejores alhajas, y se engalana con vestiduras blancas, veladas con un crespon trasparente, que deje traslucir lo esbelto de su talle y la hermosura de sus formas! ¡Por qué los labradores de nuestros campos han dejado el arado y la azada, los pastores careado sus ovejas, y los aldeanos todos abandonado sus chozas para venir á esta poblacion! ¡Por qué se retrata en vuestros semblantes el júbilo y el regocijo!

Bien lo sabeis; porque está en vuestros corazones escrito con letras de gratitud lo que pasó el 5 de Mayo de 1862 en las inmediaciones de Puebla de Zaragoza; porque hoy es el aniversario de ese gran día para la patria; porque entonces se cubrieron de gloria las armas nacionales, y fueron engalanadas con coronas de inmarcesibles laureles, consiguiendo los lauros de la victoria, viniendo á los primeros soldados del mundo, á los que habian paseado sus armas victoriosas por la Crimea, Magenta, Solferino, y por toda la Europa.

¡Pero cómo haré yo para narrar de un modo digno de vosotros, lo que fué ese augusto día para el pasado, lo que es para el presente, y lo que será para el porvenir? ¡Cómo comenzaré, cuando tengo que dirigir la palabra á un pueblo patriota é ilustrado, lleno de virtudes cívicas, puestas á prueba, siempre que la patria ha estado luctuosa y que ha necesitado del sacrificio de sus hijos! Yo no soy orador, ni poeta, ni literato, como vosotros lo sabeis; carezco de las dotes necesarias para ocupar este lugar, y solamente por corresponder á la confianza con que he sido distinguido, he aceptado un cargo muy superior á mis fuerzas, confiando únicamente en vuestra benevolencia, y en que es esta una reunion de familia, un concurso de mexicanos, que hemos venido aquí para congratularnos mutuamente por las glorias de nuestra segunda independencia.

Sin embargo, quisiera tener la voz del trueno, para que retumbando en nuestras montañas, recorrieran sus ecos de un confin al otro de la República; quisiera que mi palabra fuera como el relampago, para electrizar vuestros corazones, de manera que cuando la patria estuviera en peligro, nos levantáramos todos como la tempestad, y que los que atentaran contra nuestra autonomia, fueran arrollados hasta mas allá de los mares, como perseguidos por una nube electrizada, que arrojara por todas partes rayos y centellas, sin que nadie le estorbara su paso, dejando detras de sí la atmósfera de nuestra patria, pura y trasparente, para gobernarnos por sí mismos del modo que mas convenga á nuestra índole y á nuestra naturaleza. Mas mi palabra está muy lejos de llenar su cometido, porque es débil é im-

potente para contar las glorias de la patria; pero sin embargo, haré lo que me fuere posible.

Todos sabeis las causas que preparan este día de eterno recuerdo para los mexicanos. Tres grandes naciones de las mas poderosas de Europa, la Francia, la Inglaterra y la España, hicieron una convencion de alianza el 31 de Octubre de 1861, que fué firmada en Lóndres por los representantes de esas potencias, con el pretexto de venir á México á pedir supuestas reparaciones, y garantías para sus nacionales; garantías que nunca les han faltado en esta República, en que los extranjeros, por lo general, tienen mas inmundidades que los mexicanos.

Segun esa convencion, mandaron sus bajeles de guerra á las aguas mexicanas; y faltando al derecho natural, al derecho de las naciones, sin observar las leyes de la guerra, como si estuviéramos en la edad media, desembarcaron sus soldados en las arenas de Veracruz, creyendo los falsos rumores; que habian sido esparcidos en las córtes de Europa, de que en México no habia gobierno alguno, y que la anarquía destruía las riquezas de este hermoso país.

Pero al llegar á Veracruz los Comisarios de los aliados, se convencieron de que sus soberanos habian sido engañados, y que México era una nacion ilustrada, rica, progresista y humanitaria, y que tenia un gobierno bien establecido, y fundado en los verdaderos derechos que Dios dió á todos los hombres; mas ilustrado y progresista que los de Europa. Una prueba de esta verdad es, que el pueblo francés, que es el soberano, y no su último emperador, ha adoptado nuestra forma de gobierno.

Convencidos los Comisarios aliados de la verdad de las cosas, el caballeroso, el preclaro, el ilustre, el valiente y malogrado conde de Reus, manifestó á los embajadores de las otras potencias, que debian respetar al Gobierno Mexicano, sin intervenir en sus negocios interiores; todo conforme á la convencion de Londres, en la que no habia ningun artículo que autorizara á los Comisarios para esa intervencion.

Ese gran político español, que predijo desde un principio todos los reveses que habian de sufrir las tropas de Napo-

leon III, inclinó á los aliados á que se firmaran los tratados de la Soledad de 19 de Febrero de 1862, estipulándose en ellos con el Señor Doblado, Ministro mexicano, que por la via de las negociaciones arreglarían todas las diferencias que pudiera haber, y que en ningun caso intervendrían en los asuntos de México; y que entretanto se arreglaban las convenciones entre la República y los aliados, avanzarian estos al interior del país, á un clima mas benigno, y en donde su ejército tuviera buenos cuarteles y hospitales; y que solo en el caso desgraciado de que por parte de México no hubiera arreglo alguno, que entónces volverian los aliados á ocupar sus antiguas posiciones. En el mismo sentido de los preliminares de la Soledad, los comisarios dirijieron á nuestros compatriotas una alocucion, que alejó los temores de una guerra injustificada, por sus causas y sus resultados. En verdad no habia ningunos motivos para que se nos declarara esa guerra, no solo injusta, sino en gran manera intcua.

Convencidos los Comisarios de que sus nacionales tenian en México toda clase de garantías, los de Inglaterra y España reembarcaron sus tropas para sus respectivas naciones, en dónde sus soberanos, no solo aprobaron, sino que aplaudieron la conducta observada por sus plenipotenciarios.

Pero no lo hicieron así, y obraron de un modo enteramente contrario los representantes de Napoleon III; estos no solamente rompieron la convencion de Lóndres, que no los autorizaba para intervenir en los negocios de México, sino que tambien hollaron los tratados de la Soledad, lo que habian ofrecido bajo sus firmas al pueblo mexicano, poniendo en ridículo ante el mundo á su Soberano, de quien recibieron instrucciones reservadas para faltar, no so'lo á México, sino tambien á sus aliados, la Inglaterra y la España.

El que faltó á sus juramentos hechos ante la representacion de su país, dando el golpe de Estado de 51; el que trajo á la Francia, treinta años de retroceso; el que no se condolió de la patria en que habia nacido; el que cometió el delito de parricidio con su nacion, el que incendió la

guerra franco-prusiana; es claro que tenia embotados los sentimientos de honor, y que no debia esperarse que cumpliera con México sus compromisos, ya no de Soberano de una poderosa Nacion, pero ni siquiera los de caballerosidad.

Con sobrada justicia el Señor General Prim, Conde de Reus, en su discurso pronunciado ante el Senado español el 9 de Diciembre de 1862, afeando la violacion de los preliminares de la Soledad por los franceses, dice:

“Yo repito lo que han dicho los hombres de honor de todas las naciones: ¡Ministros imperiales! la indignidad no está en haber firmado esos preliminares, sino en no haberlos cumplido.” Y poco despues añade, hablando de la misma violacion: “Yo no lo creia, porque hay cosas que no se pueden creer, si no se ven y se tocan; pero desgraciadamente era cierto.... pero Señores.... no quiero seguir; me arrepiento de lo que iba á contar; es tan ofensivo, tan humillante para los soldados franceses, que no me atrevo á lanzar ese borron sobre ellos, aunque los soldados no tienen la culpa, porque siempre son mandados.”

Así es que las tropas francesas al mando de Laurencez, no retrocedieron á los puntos que ocupaban ántes de los tratados de la Soledad, á Paso ancho; sino que abusando de la concesion que se les hizo, abusando de la hospitalidad, ganaron terreno, que les habria sido disputado palmo á palmo por las tropas mexicanas, y que nunca habrian ocupado, sino al alto precio de torrentes de sangre, y que solo pudieron obtener con la traicion y la perfidia. Este abuso del derecho de gentes, del derecho natural, no hay palabra en castellano con que calificarse: es mas que inicuo; es mas que indigno, es mas que indecoroso y desleal bajo todos aspectos.

¡Las naciones todas maldecirán al autor de tantas iniquidades!

Creo que la odiosidad de este Soberano, fué una de las causas que determinaron la guerra prusiana, y que dió por resultado que la Francia estuviera á punto de perder sus mejores y mas florecientes provincias.

Ese usurpador de los derechos de la humanidad, fué castigado por el cielo, envolviendo en su desgracia al único

vástago que llevaba su nombre; pero debemos perdonar á los que ya no existen sobre la tierra, y que sus almas volaron á regiones desconocidas, para ser juzgadas por el Soberano de las Naciones.

Los franceses avanzaron de los puntos que habian ganado faltando á la fé de sus compromisos, poniendo su cuartel general en Amozoc; y desde allí prepararon el ataque sobre el campo mexicano en la mañana de este gran dia. El ínclito, el valiente, el inmortal Ignacio Zaragoza, tomó sus posiciones con la debida y conveniente oportunidad; el General Negrete mandaba la línea de la izquierda, del Cerro de Guadalupe al de Loreto; la de la derecha el General Porfirio Diaz; y el centro el General Berriozábal; estando todo á las órdenes del malogrado Zaragoza, que trafa de Secretario al modesto, patriota y entendido General Garza Ayala.

Como á las diez de la mañana, se desprendieron de Amozoc las columnas francesas, para atacar nuestra línea, lo cual fué anunciado con un tiro de cañon, disparado del fuerte de Guadalupe, todos corrieron á sus puestos, ansioso de llegara la hora del combate. Zaragoza recorre su línea: arenga á sus soldados; los electriza con su fé en la victoria; y le ofrecen vencer ó morir ántes que el enemigo tocara la ciudad de Puebla.

Pasados algunos minutos, se vió acercarse una columna acerada y compacta, de mas de tres mil franceses, á semejanza de una gran boa, que amenazaba á nuestros valientes; y que trataba de absorverlos con su hábito envenenado; y cuando estuvo á tiro de rifle, nuestra artillería y fusilería asestó sus punterías sobre ella, haciendo aquella las ondulaciones que hace el látigo cuando se sacude, ó una culebra cuando es aplastada de la cabeza.

El combate se hace general, principalmente en el ala izquierda de los mexicanos; y minutos despues, los vencedores de Crimea, los soldados de Napoleón III, los que habian humillado á cien naciones, vuelven la espalda al humilde, pero valiente soldado mexicano; y corren, vuelan á refugiarse en su campamento. ¡Los primeros soldados del mundo son vencidos y humillados por el aguerrido ejército

de México! ¡Qué vergüenza, qué desengaño para el orgullo del III de los Napoleones!

Laurencez, herido en su amor propio y en su orgullo, no quiere creer lo que ha pasado, le parece una mentira; y á semejanza de un leon cuando es perseguido por los cazadores, y acosado en su madriguera, ruge, echa espuma, cruge los dientes, y sentellean sus ojos; se puso pálido de ira y de soberbia; y reforzando sus batallones, dió un empuje terrible; y otro empuje sobre nuestro campamento, corriendo la misma suerte que en el primero; esto es, fué derrotado, y puestos en completa dispersion sus suavos, sus cazadores y sus argelinos; dejando el campo sembrado de cadáveres, de heridos y de mutilados; y quedando así vencidos los soldados mas aguerridos de la tierra y de los mares. ¡Qué desaliento, qué desesperacion, qué angustia para esos soldados altivos y soberbios!

La ventaja estaba por los franceses, tanto por su número, que era mayor que el de nuestros soldados, como por sus armas, su parque, municiones y pertrechos de guerra; y sin embargo, fueron vencidos.

En ocho horas de combate la accion quedó decidida en favor de México. Las campanas de la ciudad angélica levantaron el espíritu de sus moradores, que tenian suspenso el aliento mientras se oía el fuego del cañon, y se veían densas nubes de humo que se elevaban hasta el cielo; el telégrafo se puso en movimiento anunciándole al Gobierno general: que los suavos daban la espalda; que los suavos corrian; que el ejército francés era completamente derrotado.

¡Honor y gloria á los héroes de esa memorable jornada! ¡Llor eterno á los que sucumbieron en este dia inolvidable! ¡Hosana al inmortal Zaragoza que nos enseñó el camino de la libertad!

Ese gran triunfo de las armas mexicanas, venciendo á las de Austerlitz y de Magenta, ha sido inmenso, grande, infinito en sus resultados.

Reconquistó la República ante el mundo sus antiguas glorias, su honor infamemente vilipendiado en las naciones extranjeras, su heroismo, su abnegacion y su valentia; nos

hizo dignos de llamarnos hijos de Cuauhtemoc, de Hidalgo y de Morelos; dió un ejemplo de civilizacion ante todos los pueblos; mostró que conocemos el derecho de gentes, y los derechos de la guerra; patentizó que vale mas un hombre libre que cien súbditos; nos hizo ser respetados y considerados como hombrus de honor y de valentía ante todos los pueblos; enseñó á los usurpadores que no puede violarse el derecho de las naciones, sin recibir el castigo y el anatema de todas las gentes; y nos puso el ejemplo patente del modo con que debemos conducirnos, y cómo debemos enseñar á nuestros hijos el camino de la heroicidad y de la gloria.

Burlado el Emperador en su empresa, que llegó á llamar la mas grande y heroica de su imperio, reforzó su ejército, mandando mas y mas de sus soldados á las arenas mexicanas. La guerra siguió con encarnizamiento, defendiendo nuestros soldados la tierra de nuestra patria. Grandes ejemplos se vieron en todo el curso de esa guerra infame, reñidos combates; peleas singulares; y poblaciones defendidas con heroismo; lo que siempre hará honor á nuestras banderas. La defensa del sitio de Puebla, que duró mas de noventa dias, fué una epopeya que puede figurar al lado de las mas grandes y heroicas que se han hecho en el mundo.

En cinco años que duró la intervencion, jamas dejó de oírse en nuestros campos y en nuestras ciudades el estallido del rifle de nuestros patriotas. Los franceses solo eran dueños del terreno que pizaban; si salian fuera de sus cuarteles, eran aplastados como maléficos insectos; si caminaban de una ciudad á otra, necesitaban de grandes convoyes y de compactas columnas.

Pero en esta misma ciudad, en este pueblo heroico, en este pueblo ilustrado y valiente, donde comprenden sus hijos sus derechos, y que no pudieron soportar la profanacion del suelo de su patria; que despues de respirar el aire libre de las campiñas, los asfixia la atmósfera pestilente de la esclavitud; que ven la monstrosidad de una conquista; ponen á disposicion de los gefes mexicanos, su sangre y sus fortunas lo que habian ganado en muchos años de trabajo y economia; y se forma aquí mismo el núcleo de un gran ejército, que mandaba en gefe el General Escobedo, y que

se denominó del Norte, equipado, abastecido, armado y montado á expensas de los hijos de esta ciudad; formándose de ella, de sus aldeas y sus rancherías, un imponente campamento militar: cada casa era un baluarte, y cada pecho una muralla: todos se dedicaron á la guerra á favor de esta patria dolorida, que se hallaba entónces cubierta de luto, su manto hecho pedazos y desgarrado su corazon; y hasta las señoras ayudaron á esta grande obra, haciendo con su propia mano los vestidos de los soldados, y cual las heroínas de los tiempos antiguos, rompian sus mantos y sus vestiduras, para vendar las heridas de los combatientes. ¡Cuánto heroismo, cuánta abnegación, cuánto amor á la patria! Esto, todos lo vieron; todos lo presenciaron; todos fueron testigos oculares de esos rasgos de grandeza y magnanimidad.

Ese ejército formado en esta humilde pero benemérita poblacion, fué á Santa Isabel, y humilló el orgullo francés; fué á Santa Gertrudis, y se cubrió de gloria; fué á la capital del Estado, y la ocupó; fué á San Jacinto y venció; fué á Querétaro y obtuvo los lauros del triunfo, despues de un largo sitio, donde el llamado emperador habia reunido lo más florido de sus soldados, viéndose allí mil y mil episodios de heroicidad y valentía, como los que refiere el gran Homero en su Iliada esclarecida; y haciendo prisionero á Maximiliano y sus principales capitanes; y reduciendo á polvo y á impalpables cenizas lo que se llamó imperio mexicano; desapareció para siempre la sombra aterradora de aquel gran coloso para no volver jamás, en las faldas del Cerro de las Campanas, testigo mudo pero eterno de las glorias de la patria.

Así se abrieron las puertas de la capital de la República al Gobierno Mexicano, la cual tenia sitiada con su division el General Diaz, y á la que uniéndose el Ejército del Norte con el General Escobedo á la cabeza, hicieron su entrada triunfal, llenos de honores y de gloria, esa division y ese mismo ejército formado en esta ciudad heroica, mil veces digna de ser respetada, considerada y atendida por el Gobierno nacional, por los heroicos, grandes y patrióticos sacrificios de todos sus hijos... ¡Sí, pueblo denodado, sí

pueblo ilustre, yo el último de tus hijos, lleno mi corazón de entusiasmo y de júbilo, te saludo en este gran día de la patria; yo te felicito en esta fiesta augusta y solemne, en que recordamos los hechos gloriosos de nuestros héroes y de nuestros mártires; yo te doy mis parabienes por tu abnegación y tus virtudes; y yo me congratulo porque os educáis á vuestros hijos, inculcándoles el saber, y enseñándoles con vuestro ejemplo el camino de la gloria y de la inmortalidad . . . !

Lo que pasó en los años de la dominación francesa en esta República, fué una tragedia verdaderamente sangrienta, llena de episodios indignos de la civilización de nuestro siglo, y de que fué responsable ante Dios y ante las naciones el último Emperador de la Francia. ¡Cuántas víctimas inmoladas en los campos de batalla! ¡Cuántos ilustres mexicanos fueron la hostia del sacrificio ante el fúnebre aparato de las córtes marciales! ¡Cuánta sangre corrió en las ciudades, en las aldeas y en los campos, quedando la tierra enrojecida! ¡Sí; la nación toda presentaba para los mexicanos un extenso y lúgubre panteón . . . ! Pero de tantas crueldades, de tanta inhumanidad, de tantas violaciones del derecho de gentes, no fueron responsables los ciudadanos franceses, sino su Emperador; porque en los gobiernos monárquicos no manda el pueblo, sino su soberano; los súbditos no tienen voluntad propia; tienen los piés engrillados, aberreojadas las manos, y amordazada la boca; sus pensamientos quedan encarcelados dentro de su propio espíritu; no tienen libertad de pensar; no tienen libertad para hacer; y son como los corderos que llevan al sacrificio. ¡Qué situación tan desgraciada de esos seres de la humanidad!

Pero no estará muy tarde el día en que esos espíritus abatidos y aprisionados, y que son nuestros hermanos por nacer de una misma fuente, como es Dios, sean libertados de su cautividad como lo fueron los israelitas por Moisés, saliendo de ese gran Egipto, que se llaman monarquías, para llegar á la tierra prometida; esto es, á la libertad; y se gobiernen por sí mismos, como tenemos derecho de gobernarlos todos los hombres, usando de las prerogativas con que fuimos criados desde el principio de los tiempos.

Acaso la generación que me escucha llegará á ver la desaparición de los monarcas, y el establecimiento de un Congreso de todas las naciones, que decida sus diferencias, lo mismo que los tribunales dirimen las disputas de nuestros conciudadanos. ¡Qué día tan feliz y memorable será ese para la humanidad! Sin duda que forma época remarcable en los anales de los tiempos, como lo formó la venida del Hombre-Dios, por lo santo é invariable de su doctrina.

Se acabarán entónces las guerras entre los hombres; todos se dedicarán á las ciencias, á la industria, al comercio, á la agricultura y á la cria de ganados, como los primeros patriarcas; desaparecerán los campamentos militares; ya no se verán bayonetas en nuestros fuertes; ya no se mirarán los campos tintos en sangre y sembrados de cadáveres; ya no se oirán los ayes lastimeros de los heridos; y esos lugares de desolación y de exterminio, esos lugares de muerte y de terror, quedarán convertidos en prados llenos de espigas, para el sustento de la humanidad; de ganados para provecho de los hombres; y de grandes florestas, pobladas de árboles, de arbustos y de rosales, para su comodidad y su recreo. Entónces . . . entónces vendrá un nuevo tiempo de paz y de felicidad, quedando la tierra purificada con la sangre de tantas víctimas . . .

Mas para que nuestra patria, para que esta esmeralda de la América, para que esta amazona de la libertad, dotada de tantos y tan grandes elementos por la naturaleza, por su situación geográfica, por sus riquezas, por lo templado y variado de sus climas, en que se producen y cultivan todos los frutos de todas las naciones; para que esta tierra de tantas inteligencias privilegiadas, de héroes eminentes, de hombres llenos de fuerza, de constitución atleta, para soportar los calores del estío, las nieves del invierno, y las fatigas de las campañas y los combates; sea lo que está llamada á ser por tan especiales dones, es preciso, es indispensable que el Gobierno de la Nación, los Gobernadores de los Estados, y los Ayuntamientos de las municipalidades tengan fija su mirada, y no la aparten jamás, en la instrucción de la juventud, en la enseñanza primaria, destinando una gran parte del presupuesto para un objeto de tan vital importancia.

cia, y á fin de que no haya una sola persona, de cualesquiera de los sexos, que no sepa leer y escribir, que no sepa la geografía é historia de su patria, y si es preciso la del mundo, aunque sea en sus elementos; y que en lugar de gastarse en guarniciones innecesarias en las capitales, y en otras cosas inútiles, se ocupen esos cuantiosos fondos, y se arbitren otros, para la mejora de la enseñanza.

Es una necesidad que en las ciudades se multipliquen las escuelas, que se pongan en las comarcas las que fueren necesarias, y una á lo ménos en cada ranchería, aunque no haya mas de una sola familia; y que se dé una proteccion decidida, y se concedan grandes prerogativas, á los que se dedican á un trabajo tan grande y de tanta importancia para el porvenir de la nacion. Nada importa que de pronto se hagan gastos de importancia, porque estos quedarán suficientemente compensados con la instruccion de las masas: en poco tiempo, esos talentos que hasta ahora quedan incultos, serán mañana la principal riqueza de la nacion; y serán acaso mas que Kepler, mas que Newton, mas que Morse, mas que Edison, y mas que otras mil lumbreras, que han iluminado y enriquecido al mundo con sus descubrimientos.

Quiero recordar aquí que el descubridor del fonógrafo y el teléfono, aunque nació en los Estados- Unidos de padres americanos, es de origen mexicano; llevó de esta tierra el gérmen de su preclara inteligencia, que ha llenado de admiracion á todos los pueblos; y fué á germinar allá esa planta colosal de nuestro clima, ese astro lleno de luz que ha sorprendido á todas las naciones. ¡Cuántos génios iguales ó superiores habrá en nuestro pueblo, y que por falta de la instruccion primaria han pasado y pasan en la oscuridad, y que podian haber sido admirados tambien por todos los sábios de la tierra!

La instruccion mejora y perfecciona la inteligencia, y acerca al hombre á la divinidad; y por el contrario, la ignorancia embota el espíritu, lo envilece y lo degrada, aproximándolo á los brutos, que solo tienen los instintos de conservacion, sin saber hoy mas que lo que supieron desde que fueron echados sobre la tierra.

La Alemania, la Francia, la Inglaterra, los Estados- Unidos, y otras naciones de primer órden, deben su altura y su engrandecimiento, á que gastan una tercera parte, ó tal vez la mitad de su presupuesto, en la instruccion en la enseñanza primaria. Allí cualquier jornalero, cualquier mecánico, el mas desgraciado de los soldados, sabe leer y escribir y sabe la historia y geografía de su patria. ¡Y nosotros por qué no hemos de hacer lo mismo, cuando no nos faltan ni voluntad ni recursos?

Sí, yo como mexicano y amante de mi patria, desde este confín de la República encarezco á nuestros gobernantes, á las personas á quienes el pueblo ha encomendado la administracion de los negocios públicos, á los que tienen el deber de procurar el adelanto y perfeccion de nuestra sociedad, que no olviden la enseñanza primaria, que se desvelen por este bien de nuestro país, que en pocos años dará resultados gigantescos, mayores que las riquezas de nuestras minas, y mas abundantes que los frutos de nuestros campos, y llegaremos así á competir con las naciones mas poderosas; y estoy seguro que entónces podrá decirse de nuestra patria, lo que dijo de Roma cuando estaba floreciente, el Poeta latino. "*Sobresale tanto de las demas naciones, como los encumbrados pinos de los pequeños arbustos.*"

Pero no quiero detenerme mas en este punto, y suplico me permitais que continúe adelante.

De aquellas proezas de tantos héroes, podria formarse un gran poema, digno de la pluma de Homero y de Virgilio, de Cloustro y del Dante, de Milton y de Víctor Hugo, para que pasando á las generaciones de los siglos futuros, tuvieran conocimiento las gentes de los tiempos mas lejanos del porvenir, de los hechos heróicos de nuestros compatriotas, como sabemos hoy las proezas del valiente Héctor y del poderoso Aquiles, despues de mas de dos mil años del tiempo en que pasaron.

En esa epopeya luminosa de nuestros tiempos, figurarian los nombres preclaros de Juarez y Zaragoza, de Diaz y Escobedo, de Lerdo y de Doblado, de Treviño y de Iglesias, de Negrete y Garza Ayala, de Berriozábal y Z. Gómez, de Naranjo y Martinez, de Tápia y de Doria, de Gorrostieta y